

UN ELEMENTO CONCRETO DE LA CULTURA MATERIAL ORIENTALIZANTE EN EL MEDIODIA PENINSULAR: LOS CUENCOS TRIPODES HALLADOS EN EL INTERIOR DE LA PROVINCIA DE GRANADA

A concrete item of the orientalizing material culture in the South of the Iberian Peninsula: Tripod bowls from the inland part of the Grenade province

JUAN ANTONIO PACHON ROMERO * y JAVIER CARRASCO RUS **

BIBLID [0211-3228(1991-92); 16-17; 325-351]

RESUMEN En este trabajo damos a conocer una serie de cerámicas características del momento orientalizante, los trípodes fenicios, que en la provincia de Granada alcanzan una importancia numérica e interpretativa novedosa. Concluyéndose que pudieron fabricarse localmente y que reflejan perfectamente las condiciones en que se produjeron las relaciones entre colonizadores e indígenas.

Palabras claves: trípodes, intensificación, colonización, interacción, hinterland.

ABSTRACT A set of pottery, typical of the Eastern fashion, such the Phoenician tripod, which reach a great numeric and interpretative importance in the Province of Granada, is presented. It is concluded that they would be made locally and they reflect the conditions of the relationship between the colonizers and natives.

Key words: Tripods, Intensification, Colonization, Interaction, Hinterland.

La enorme acumulación de datos arqueológicos que ha podido recogerse en los últimos años en toda Andalucía, al igual que en la propia provincia de Granada, obliga a la revisión de algunas de las consideraciones que, en torno a la Cuenca Alta del Genil, hacíamos hace ya cierto tiempo sobre cuestiones generales de protohistoria (Pachón *et al.*, 1979) y sobre el fenómeno de lo fenicio (Pachón *et al.*, 1983). Pero, junto a este motivo fundamental, tampoco quisiéramos desatender la oportunidad que nos ofrece este trabajo para plantear la urgente necesidad que la visión “tradicional” de la arqueología, la mal llamada *arqueografía*, tiene de reivindicar un campo de la experiencia científica que le pertenece, pese a las críticas implícitas, y explícitas, que hacia ella vienen representando las nuevas tendencias de la investigación arqueológica prehistórica, protohis-

* Grupo de investigación 1023 (GICS).

** Dep. de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Granada. Grupo de Investigación 1023 (GICS).

tórica e incluso de momentos posteriores. Como la exposición de estas tendencias interpretativas resultaría muy arduo de presentar, máxime en un trabajo de estas características, podrá ser más útil para el lector la consulta de algunos análisis explicativos y críticos que encontrará en determinada literatura existente (Ruiz *et al.*, 1986:37 s.; Salvatierra, 1990:7 s.).

Nuestro interés es dar a conocer la extensión territorial de un elemento cerámico muy característico del horizonte orientalizante, que ofrece la peculiaridad de estar perfectamente acotado dentro de los parámetros temporales, por lo que representa un *fósil-guía* de inestimable valor para la concreción de los contextos materiales de esas fechas y que pueden reconocerse en los hallazgos estratificados con que contamos en esta parte de Andalucía. La abundancia de los trípodas en la zona va a permitirnos argumentar algunas ideas sobre el fenómeno de la *interacción*, importante variable cuya trascendencia debe valorarse adecuadamente en los análisis arqueológicos (Renfrew, 1986:1 s.). Concretamente lo que nos interesa es la interacción entre el mundo indígena del mediodía peninsular y el fenicio, que debió alcanzar una intensidad cuya importancia no se ha llegado a valorar equilibradamente y que, creemos, podría explicar un verdadero cambio cultural en las sociedades prehistóricas de esta parte del Genil, lo mismo que en otras zonas andaluzas, en las que este proceso acabaría conduciendo a la aparición de las primeras comunidades ibéricas que conocemos en la región.

Con esto no defendemos las aseveraciones que algunos arqueólogos han hecho, o que simplemente se han imputado a determinados colegas, sobre que planteamientos como el presentado supongan admitir que el cambio cultural desde las sociedades prehistóricas a las ibéricas se demuestra o, mejor, se produce por una sencilla transformación del implemento material: en este caso, las cerámicas. Tan ligero es sostener eso, como sospechar que muchos de quienes hacíamos afirmaciones en ese sentido (Pachón *et al.*, 1980:14 s.) estábamos participando de tal simpleza argumental.

Cuando se analizan sociedades pasadas no es nada superfluo que se atienda suficientemente a la documentación material que tales sociedades nos han dejado en los yacimientos arqueológicos, sino que es necesario reflejar las variaciones que la llamada *cultura material* ofrece, con el objeto de relacionar esos cambios con las modificaciones que otros niveles económicos, sociales o políticos del mismo momento muestran; porque muchos de esos cambios podrían estar evidenciando la sustitución de los medios de producción tradicionales por otros, así como la modificación de las relaciones sociales de producción.

No deja de ser chocante, en esta línea, que muchos de los críticos de la práctica arqueológica positivista y de sus clásicas deducciones interpretativas de lo fenicio en la Península Ibérica, desde postulados explicativos marxistas, hayan pasado de rechazar la conceptualización de la época inicial del Hierro, en base —entre otras cosas— a la adopción del torno de alfarero, a afirmar la importancia fundamental que tuvo que tener la generalización del uso del torno, porque representaría un mayor control de la comunidad, o de una parte de ella, sobre las familias al emplearse con ello métodos productivos cerámicos propios de un sector social muy profesionalizado y cargado de un enorme bagaje de recursos técnicos.

Sin perder de vista estas consideraciones, nuestro trabajo pretende centrarse en la presentación de todos los trípodas que conocemos en la región objeto de estudio, valorando las dataciones con que contamos en yacimientos estratificados, paralelizándolos con los hallazgos del horizonte colonial del mediodía fenicio peninsular y tratando de

fijar una relación cronológica fiable para estos productos cerámicos. Además, trataremos de dilucidar si existe una base material suficiente para establecer una variabilidad tipológica de los mismos, o si, por el contrario, el desarrollo temporal de este artículo alfarero impide una verdadera taxonomía. Tampoco habremos de olvidar la necesidad de vislumbrar qué significó su utilización en la dinámica vital de las sociedades protohistóricas, último hecho que consideramos de primordial importancia, pues estimamos que podría arrojar bastante información sobre las actividades económicas de las primeras comunidades indígenas de tiempos del Hierro.

En último término habremos, igualmente, de considerar algunas cuestiones que son implícitas respecto de los elementos materiales importados, entre los que los cuencos trípodes entrarían a formar parte casi mayoritariamente. Tales cuestiones conllevan apreciaciones no sólo de índole cronológica, sino también económica, pero en un volumen de importancia que ha sido destacado recientemente por otros autores, al tratar de un modo general sobre las cerámicas importadas (Risueño Olarte *et al.*, 1990), lo mismo que quienes suscribimos estas líneas en otra parte de esta misma publicación (Pachón *et al.*, 1989-90), al analizar el interés de ciertos productos importados de lujo que pudieron considerarse en su época como elementos de prestigio capaces de generar, o mantener, ciertos procesos de jerarquización social. Y aunque los trípodes, que en esta ocasión analizamos, no deban considerarse, en la mayoría de los casos, artículos genuinamente de lujo, su generalizada procedencia foránea, y su clara relación al mundo colonial fenicio, permitirá articular importantes observaciones desde el punto de vista cronológico y económico. Mientras los productos de lujo muestran en las excavaciones una pervivencia notable, dado su propio valor intrínseco que los hacía objetos codiciados y perdurables en el tiempo, los artículos más humildes, con una utilidad estrictamente cotidiana y doméstica eran reemplazados con notable frecuencia, como demuestran los registros arqueológicos, por lo que representan un más claro valor cronológico al ser más permeables a las modas, lo que se traducía en cambios tipológicos o en la sustitución de los modelos materiales.

La exposición del trabajo se centrará en la presentación de los elementos cerámicos objeto de juicio, empezando con los hallazgos estratificados que por ahora sólo se conocen en el yacimiento del Cerro de la Mora, lugar donde hemos recuperado bastantes más fragmentos que los que aquí se presentan, pero que no han sido utilizados por estar pendientes de publicación. De todos modos no son los únicos, puesto que también se han recuperado en la secuencia del Albaicín de Granada, aunque aquí su utilización estratigráfica es muy limitada pues sólo se ha publicado una referencia documental mínima, en la que se señala su procedencia de un general horizonte protoibérico. Otros ejemplares del mismo sitio aún permanecen inéditos, desconociéndose las condiciones exactas de su recuperación en el asentamiento.

Por ello, los datos del Cerro de la Mora son los únicos que pueden incluirse y utilizarse en este debate con el suficiente valor cronológico, dada su clara posición contextual dentro de las secuencias comprobadas en este yacimiento del valle del Genil. Tras la presentación de estos materiales se seguirá con aquellos hallazgos de otros lugares que se corresponden con localizaciones superficiales. Posteriormente se analizarán las interpretaciones que se han hecho sobre el uso de los trípodes, tratando de valorar su significado funcional, así como el significado que hoy cabe adjudicársele dentro de la variable tiempo, si como defendemos representa un objeto que ofrece un proceso de amortización (tiempo de utilización) relativamente corto, con las implicaciones cronológicas que a ello cabe suponersele.

Pero antes de pasar al debate central que nos ocupa es interesante señalar que el presente trabajo ofrece un especial valor desde el punto de vista de la interpretación estratigráfica y cultural de los trípodas, atendiendo al ámbito geográfico reducido en el que insertamos este trabajo. Frente a la lógica crítica que suele hacerse a los estudios arqueológicos apoyados en los paralelos, encuadrables dentro de la tradición arqueológica de la escuela histórico-cultural alemana (Hernando Gonzalo, 1987-88: 40 s.), en base a que suelen acabar recurriendo a una serie de comparaciones tipológicas que, en muchos casos, sólo son justificables en el plano de lo formal, sin que sea lógico ni evidente establecer una relación más profunda a nivel cultural, ni tan siquiera a veces cronológica, nuestro trabajo recoge vestigios muy semejantes dentro de un área geográfica muy localizada: Vega de Granada, valle alto del Genil, piedemonte circundante de esos ámbitos y cuenca hidrográfica subsidiaria.

Es decir, nos encontramos ante un espacio natural claramente interrelacionado, en el que sólo existe un yacimiento que no estaría dentro de la geografía considerada: nos referimos al Cerro de los Molinos de Padul (fig. 1:6, abajo), aunque respecto a él debió existir una dependencia mutua de tipo cultural con toda el área estudiada, que debemos mantener mientras no se conozca —si llegó a existir— una comunicación directa y frecuentada con el ámbito fenicio del Mediterráneo andaluz, a través del acceso al valle del río Dúrcal y desde este al río Guadalfeo, río en el que sí empieza a conocerse la trascendencia del mundo colonial fenicio.

Lo interesante del yacimiento de Los Molinos es su alto valor ecológico, centrado, en las fechas que ahora nos interesan, en las turberas de Padul (Menéndez Amor *et al.*, 1964; Florschütz *et al.*, 1971) que se extienden frente a este asentamiento y que, gracias a la cercanía respecto de las vegas granadinas, debió representar un lugar muy frecuentado para desarrollar en ellas actividades, por lo menos, cinegéticas. Esto debería entenderse comprendiendo que toda la Depresión de Granada también había sido, durante los tiempos prehistóricos, un fondo pantanoso de aguas someras, pero que ya en estas etapas estaría colmatándose, con claras fases de estiaje cada vez más persistentes, lo que motivaría el desplazamiento estacional de aquellas actividades de caza a la adecuada periferia en la que se insertarían Los Molinos.

En suma, en este espacio geográfico, además, ya no resultaría tan fácil argumentar que se plantean paralelos cronológico-culturales forzados, partiendo de lugares arqueológicos que nada tienen que ver entre sí.

RELACION DE HALLAZGOS

Vamos a seguir en esta exposición un orden totalmente aleatorio, conforme a la numeración que presentamos en nuestra figura número uno (abajo), empezando por el Cerro de la Mora, por las implicaciones cronológicas que antes hacíamos referencia.

1. Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona (fig. 1b:1)

Es uno de los yacimientos más conocidos en esta parte de la provincia de Granada, fue dado a conocer por M. Pellicer (1955-62, 1962; Schüle, 1969:255, lám. 82) y,

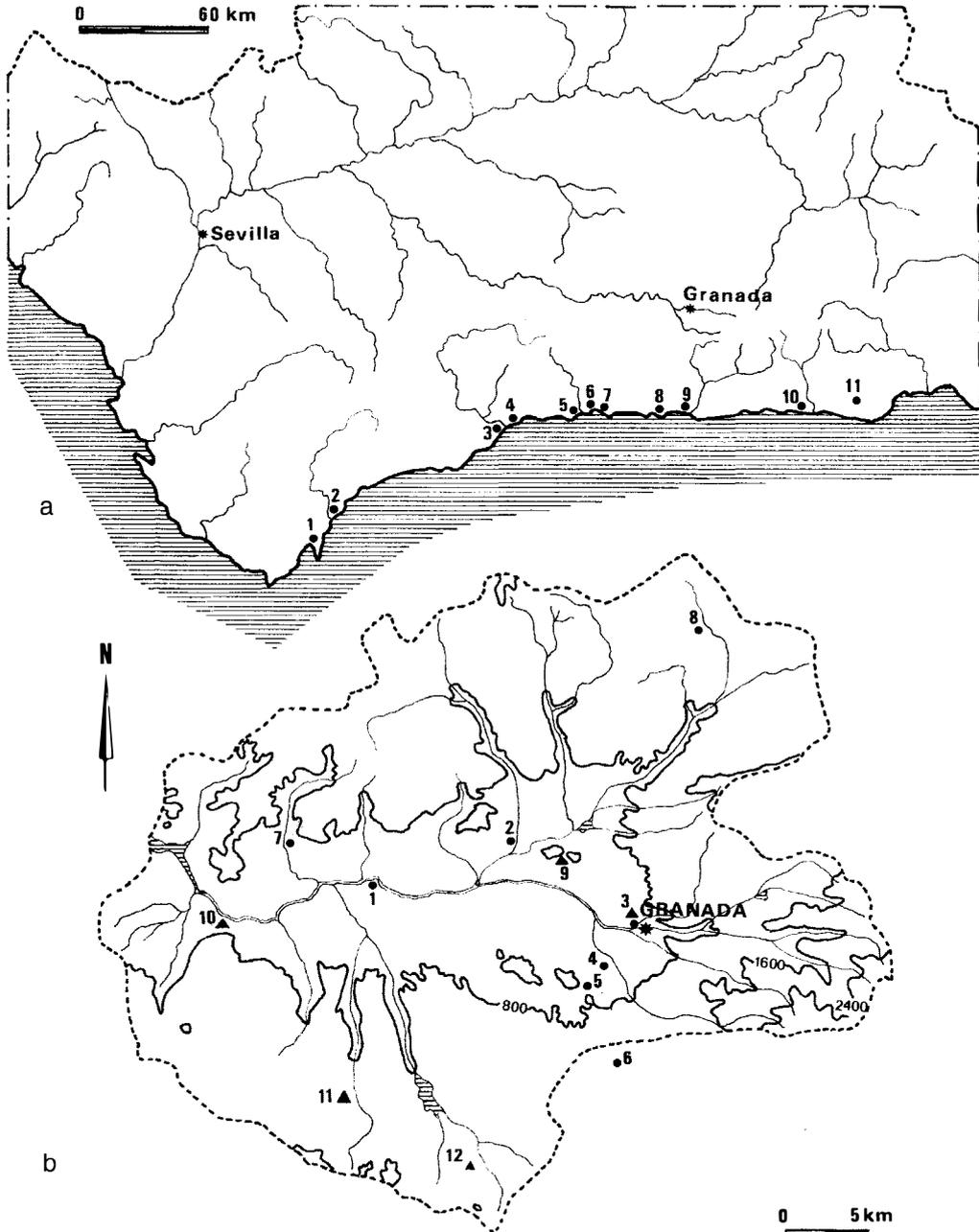


Fig. 1.—a) Mapa de dispersión de asentamientos fenicios: 1.—Cerro del Prado; 2.—Montilla. 3.—Cerro del Villar. 4.—Malaka. 5.—Toscanos. 6.—Mezquitilla. 7.—Chorreras. 8.—Almuñécar. 9.—Salobreña. 10.—Adra. 11.—El Ejido. b) Lugares con hallazgos fenicios. (Trípodes): 1.—Cerro de la Mora. 2.—Cerro de los Infantes. 3.—Albaicín. 4.—Cuesta de los Chinos. 5.—Los Baños de La Malá. 6.—Cerro de los Molinos. 7.—Los Castellones. 8.—Cerro del Centinela. 9.—Sierra Elvira. 10.—Loja. 11.—Los Baños de Alhama. 12.—Mesa de Fornes.

posteriormente, por nosotros mismos a quienes se deben las investigaciones de campo (Pachón *et al.*, 1979; Pastor *et al.*, 1981; Carrasco *et al.*, 1982; Pachón *et al.*, 1983; Carrasco *et al.*, 1984, 1985, 1987a, 1987b; Pastor *et al.*, 1988; Carrasco *et al.*, 1989 y 1990). Se han llevado a cabo en el mismo una serie de campañas arqueológicas durante el período 1979 a 1987, en un proceso indagatorio que no ha podido concluirse y que ha impedido, por razones que no vienen al caso, la ultimación del conocimiento de todos los interrogantes que se habían planteado en el proceso de su análisis. Por todo ello no es necesario repetir aquí observaciones, más que sabidas, sobre su situación, características topográficas, etc. Únicamente queremos hacer constar que, casi todos los yacimientos que vamos a presentar, ofrecen un patrón de asentamiento muy característico, ocupando elevaciones de cotas medias y bajas, junto a cursos permanentes de agua (en este primer caso sería el río Genil), lo que indicaría un interés en ciertas actividades comerciales que por medio de esos caminos naturales debieron realizarse, o interés por las oportunidades que las fuentes húmedas de esas características debieron ofrecer para la intensificación productiva a nivel agrícola.

El interés por la *intensificación* y su repercusión en los cambios culturales de las poblaciones prehistóricas es una vertiente de la investigación puesta en evidencia por estudiosos como Renfrew (1972), que ha generado una perspectiva científica de la arqueología que caracteriza a la vía funcionalista, muy válida para la interpretación económica de muchos de nuestros yacimientos. De ellos, el único que no se sitúa exactamente junto a un río será el Cerro de los Molinos de Padul, que se estableció junto a una zona endorreica, pero en el que también parece que el énfasis fundacional debió corresponder a las necesidades derivadas de la aplicación de los recursos acuíferos a las actividades agrícolas. Es más, la zona arqueológica se extiende por las riberas de un pequeño arroyo que, antiguamente, debió avenar la zona pantanosa donde desagua.

Como hemos dicho antes, han resultado mucho más numerosos los ejemplares de trípodes recuperados en los distintos cortes realizados en el yacimiento del Cerro de la Mora, pero por cuestiones de prioridad en la publicación de resultados sólo nos detendremos en el estudio de los que ya se han dado a conocer públicamente. En particular se trata de dos ejemplares de tipología bastante clara que, lógicamente, no ofrecen dudas para su clasificación, el primero de ellos (fig. 2:1), corresponde al n.º de registro CM 3082a, perteneciente a la campaña de 1979 y que fue descrito en la publicación correspondiente (Carrasco *et al.*, 1982:74, fig. 63:309) como “fragmento del borde de un vaso trípode, pasta: ocre, núcleo: gris; desgrasante: medio, arenoso, calizo, micáceo y esquistoso, superficie. ocre anaranjada. Diámetro: 23,6 cm.”. Recuperado en el corte número tres del yacimiento (campaña de 1979), corresponde a su fase IV a, que fue datada entre el cambio de los siglos VII/VI a. C. al 550 a. C.

El segundo de los ejemplares del Cerro de la Mora está mucho mejor conservado, ofreciendo elementos que lo hacen aún más característico que el anterior, además de mantener uno de los tres pies que son comunes a esta típica vajilla (fig. 2:2), y de donde derivaría su propia denominación. En este caso fue catalogado bajo las siglas CM/81/4/S/22, describiéndose como “fragmento del borde y pie de un cuenco trípode, pasta: amarillenta; núcleo: grueso, gris; desgrasante: medio a fino, calizo, esquistoso, arenoso y micáceo; superficie: amarillo-verdosa al exterior y anaranjada al interior. Diámetro, 22 cm.” (Carrasco *et al.*, 1984: 316, fig. 7:41). Procedente del corte número cuatro (cam-

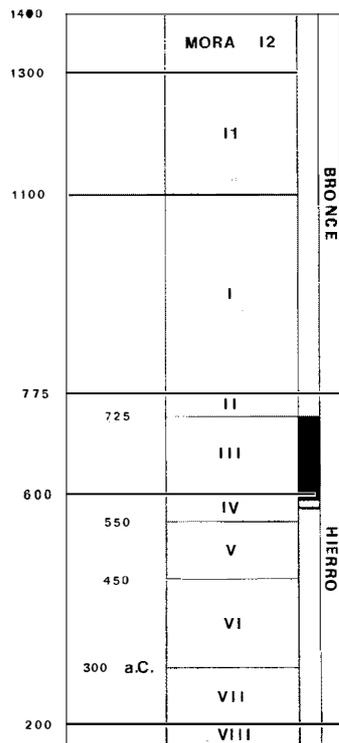
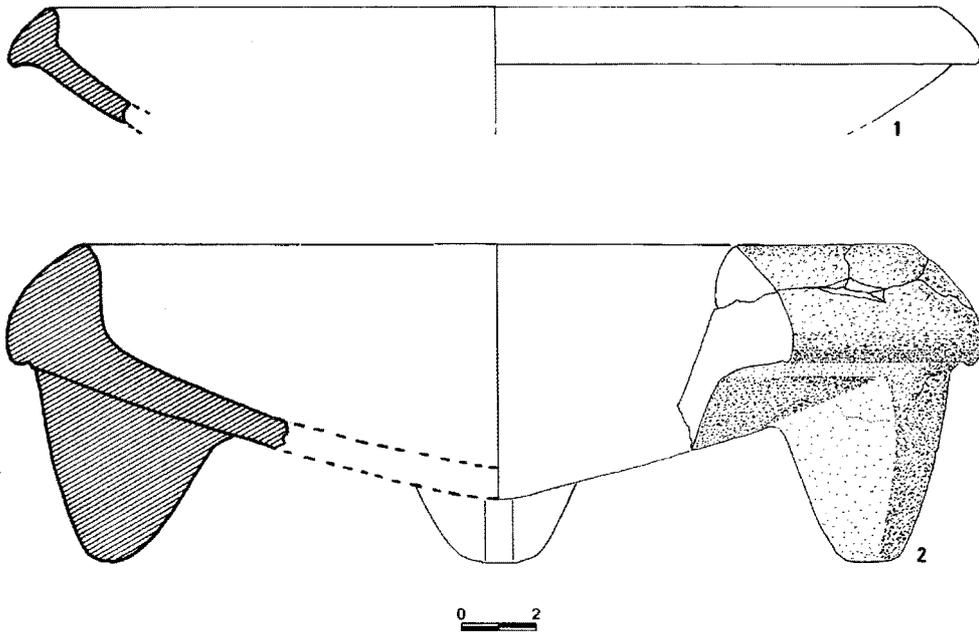


Fig. 2.—Cerro de la Mora: trípodes y esquema cronológico por fases.

paña de 1981), se halló en la fase Mora III, un horizonte que acabó fechándose entre el último cuarto del siglo VIII y el final de la séptima centuria a.C.

Los dos fragmentos de trípode descritos, junto a los que se publicarán en la memoria general de las excavaciones, que está en fase de redacción, componen el cuerpo más importante de trípodes de la provincia granadina, además de constituirse, por el momento, entre los pocos casos que han podido recuperarse estratigráficamente. Por ello cuentan con un contexto arqueológico que permite las mayores precisiones cronológicas y culturales, como luego se expone.

2. Cerro de los Infantes, Pinos Puente (fig. 1b:2)

Al igual que el Cerro de la Mora, éste es también muy conocido, sobre todo si atendemos a las referencias bibliográficas que pueden consultarse y que resultan todavía más amplias que en el caso anterior (Navagiero, 1526; Hurtado de Mendoza, 1570:90; Antolínez de Burgos, 1611:10; Flórez, 1754:95 s.; De Argote, 1814:82; Céan Bermúdez, 1832:371 s.; Lafuente Alcántara, 1843:19; Gómez-Moreno, 1907; Thouvenot, 1940:111 s.; García Mercadal, 1952:838; Pellicer, 1957-62:111 s.; Gil Farrés, 1966:332; Prieto Arciniega, 1973:38 s.; González, 1976; Carrasco, 1977; Carrasco *et al.*, 1978:14 s.; Pachón *et al.*, 1979:314 s.; Mendoza *et al.*, 1981; Molina *et al.*, 1983; Contreras *et al.*, 1983; Rodríguez *et al.*, 1983; Aguayo *et al.*, 1987; Pastor *et al.*, 1987:191).

Pero tal abundancia literaria no debe extrañarnos si consideramos la cercanía geográfica de este yacimiento a la capital granadina, que ha servido de impulsora de las investigaciones en el mismo, así como la clara adscripción del yacimiento al topónimo *Ilorci* de las fuentes clásicas, denotando la importancia del hábitat y el interés consecuente por estudiarlo. En el lugar se han realizado varias campañas de excavaciones, aunque sólo se han publicado los resultados de la investigación de 1980 (Mendoza *et al.*, 1981; Molina *et al.*, 1983 y Contreras *et al.*, 1983), que vino a evidenciar una importante estratigrafía, pero de la que no procede ningún ejemplar de trípode conocido por el momento. Este hecho, de confirmarse, contrastaría con la abundancia de estos objetos que han llegado a recogerse superficialmente en los mismos lugares donde se realizó la excavación de 1980 y que conforman un conjunto cerámico de gran importancia que ahora presentaremos.

Los fragmentos pudieron recogerse tras descubrirse la importancia de este yacimiento para los tiempos protohistóricos, cuando E. Carrasco encontró en una prospección superficial el fragmento de un plato fenicio de engobe rojo que llegó a incluirse en el *corpus* de H. Schubart (1982, fig. 16:e), después de que una excavadora levantase la era que cubría los rellenos arqueológicos de esa zona, a finales de los años setenta, y de que parte del lugar se destinase a cantera para la extracción de áridos.

De los cuatro fragmentos que constituyen este lote, el primero de ellos ya fue dado a conocer con anterioridad (fig. 3:3), mientras los restantes son totalmente inéditos. Ese primer trípode, sin embargo, no fue descrito al incluirse en una publicación de objetivos mucho más generales (Pachón *et al.*, 1979:323-324, fig. 18:1), por lo que sus características formales deben destacarse ahora, en vista de las novedades que de ello parecen desprenderse. Se trata del fragmento del borde, cuerpo y pie de un trípode, propio del

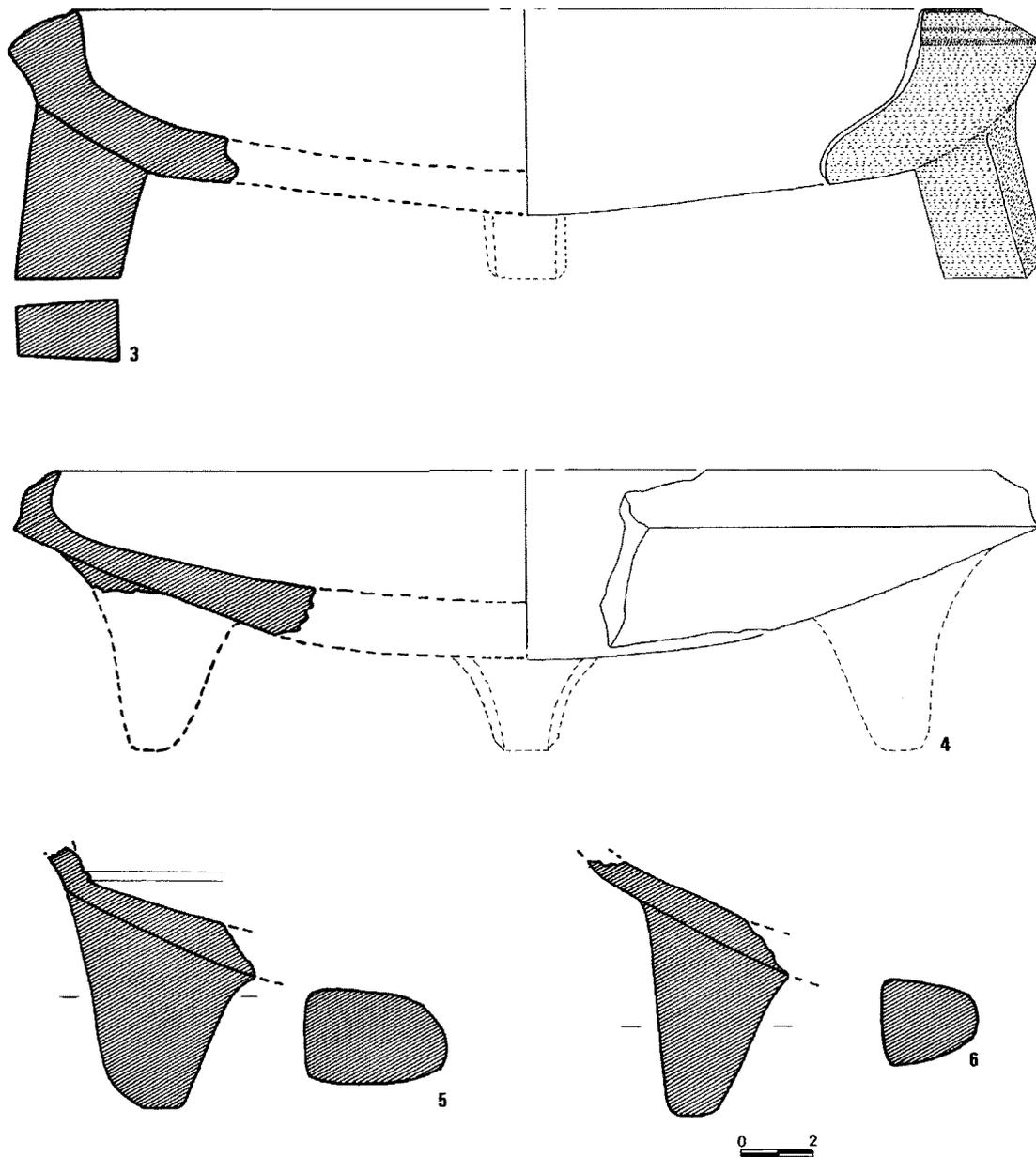


Fig. 3.—Cerro de los Infantes. Trípodes: 3 (pintado), 4 (gris).

grupo que se definiera en los fondos documentales cerámicos del yacimiento de Toscanos (Schubart *et al.*, 1969:141 s.), que presenta una pasta marrón rojiza, grueso núcleo gris y desgrasante medio, arenoso, calizo, micáceo y esquistoso. La superficie es de igual color que la pasta, en el interior del recipiente, pero al exterior recibió una aguada de

color rojo oscuro, casi cárdeno; posiblemente una solución arcillosa preparatoria para recibir algún tipo de pintura. Examinada la pieza con una lupa ha podido descubrirse la existencia en el labio colgante de tres filetes horizontales pintados con color gris negruzco, que no llegaron a apreciarse en la primera observación del objeto. El diámetro del vaso alcanza los 28 cm., mientras la altura se sitúa en los 7,60.

El nuevo análisis descrito, con el descubrimiento de la pintura superficial, nos permite, además, adjudicar este trípode del Cerro de los Infantes a los ejemplares pintados, engrosando así un grupo poco numeroso por el momento y en el que también se encuentra el caso que luego expondremos de La Malá (fig. 4:9), así como, posiblemente, el que presentaremos del Albaicín (fig. 4:7).

El resto de los fragmentos es liso, pero debe destacarse de entre ellos el segundo (fig. 3:4), que pertenece a los conjuntos de la cerámica gris, en los que creemos que esta forma se encuentra inédita, por lo menos no ha sido recogida en los repertorios conocidos de este grupo cerámico (Aranegui, 1975; Belén, 1976 y Roos, 1983), lo que vendría a unirse al hecho de que se trata de un fragmento bastante grande que nos ha permitido hacer una reconstrucción bastante fiable.

La descripción de este nuevo trípode inédito es la siguiente: trozo del borde, cuerpo y arranque del pie de un trípode de cerámica gris, pasta gris negruzca, uniforme, desgrasante medio a grueso, arenoso, calizo, micáceo y esquistoso; superficie como pasta, con restos de alisado exterior, diámetro, 28 cm.; altura máxima conservada, 4,60. Quizás lo más interesante de este fragmento sean las apreciaciones que pueden hacerse sobre su facturación, ya que se realizó en una arcilla gris, idéntica a la de otros muchos fragmentos que han podido recogerse en la misma zona del hallazgo, pero pertenecientes a fragmentos de ánforas defectuosas, propias del vertedero de un alfar.

Los dos siguientes fragmentos recuerdan al primero de los trípodes descritos en este mismo yacimiento, aunque no hayan quedado en él restos que permitan su adscripción al grupo de los casos pintados. El que representamos en la figura 3:5 evoca la fábrica de las ánforas de horno oxidante: se trata del cuerpo y pie de un trípode con pasta de color rojo muy desigual, restos de un núcleo gris de irregular anchura y particularizado sólo a algunas zonas de lo conservado; el desgrasante es medio a fino, arenoso, calizo, micáceo y esquistoso; las superficies son anaranjadas con restos de un engobe ocre claro; la altura máxima es de 7,40 cm.

También producto de un ambiente de cocción oxidante sería el último de los fragmentos (fig. 3:6), aunque el tratamiento superficial es ahora bastante más cuidado. Constituido por una pequeñísima parte del cuerpo en el que se inserta un pie que, como en el caso anterior, se conserva íntegro; la pasta es ocre, con un núcleo irregular en color y aparición; el desgrasante medio a fino, arenoso, calizo, micáceo y esquistoso; mientras las superficies, de color ocre, han sido muy bien alisadas. La altura máxima conservada es de 7,50 cm.

3. Albaicín, Granada (fig. 1b:3)

Después de los yacimientos precedentes, estaríamos ante otro asentamiento bien conocido en la arqueología andaluza desde antiguo, por haber sido motivo de la intensa

polémica que durante mucho tiempo enfrentó, en la historiografía tradicional, a quienes defendían en el barrio del Albaicín la ubicación de la ciudad con topónimo *Iliberri* (Eguilaz y Yanguas, 1881; Roldán, 1988). En ese barrio, en los últimos años, se viene desarrollando un ambicioso proyecto de excavaciones arqueológicas del que ya disponemos de algunos datos (Sotomayor *et al.*, 1984; Roca *et al.*, 1985; Raya *et al.*, 1986; Roca *et al.*, 1986, 1987a, 1987b, 1988, 1988; Moreno *et al.*, 1989), que han venido a sumarse a las noticias que ya sabíamos sobre su necrópolis (Arribas, 1967).

De este asentamiento conocemos, por publicación, un único fragmento de trípode (fig. 4:7), del que no se ha dado siquiera una descripción sistemática, aunque la morfología que se aprecia en el dibujo tan esquemático con el que se dio a conocer nos resulta suficiente, al no ofrecer dudas sobre su pertenencia al conjunto de vasos cerámicos que estudiamos. Lo poco que podemos saber sobre esta pieza es que debió recibir un tratamiento pulimentado en sus superficies, según puede deducirse de las mínimas observaciones que acompañaron en la publicación sus propios excavadores (Moreno *et al.*, 1989:399, fig. 1:1), quienes aseguran textualmente, al hablar del material cerámico que se recogió en el horizonte Protoibérico del yacimiento, lo siguiente: “así como un fragmento de trípode que ha perdido parte del pulimento en ambas superficies”.

Este hecho, unido a que el fragmento fue descrito inmediatamente después del material pintado, puede dar a entender que sus excavadores lo incluyen dentro de estas producciones decoradas, entre las cuales no repugnaría tampoco el tratamiento pulimentado superficial, aunque se trate de un acabado más común de los productos propios de la cerámica con engobe rojo. En este sentido también conocemos jarras de barniz rojo, en las que la parte reservada sin pintura recibió un pulimento; es decir, se trataría de una cualidad cerámica propia de la vajilla cuidada, habiéndose reconocido ese mismo tratamiento del bruñido de la arcilla en prototipos cerámicos orientales de los platos fenicios occidentales, concretamente en algunos de los recuperados en Tiro (Bikai, 1978). De ser ciertas tales apreciaciones, el conjunto cerámico decorado podría ampliarse mediante la inclusión de este último fragmento del Albaicín.

4. Cuesta de los Chinos, Gabia la Grande (fig. 1b:4)

El nuevo lugar es, al contrario que los anteriores, muy poco conocido, siendo muy contadas las referencias bibliográficas que sobre el mismo pueden consultarse, pese a haberse destacado su importancia para los tiempos prehistóricos y protohistóricos. El yacimiento fue dado a conocer por E. Fresneda, a partir de un lote cerámico recogido superficialmente (Fresneda *et al.*, 1980), a la que se añadió posteriormente la realización de una excavación por vía de urgencia (Fresneda *et al.*, 1985), que ha permitido valorar al yacimiento como enclave de interés dentro de los contextos argáricos (Fresneda *et al.*, 1987-88).

Respecto a su situación, también nos interesa agregar que, mientras el Cerro de los Infantes y el Albaicín ocupaban el límite norte y nororiental, respectivamente de la Vega de Granada, la Cuesta de Los Chinos se sitúa en su borde suroriental, dando a entender lo que antes apreciábamos en el sentido de que estos yacimientos bordeaban el fondo pantanoso de dicha Vega, y atestiguando, con ello, que en época protohistórica esos

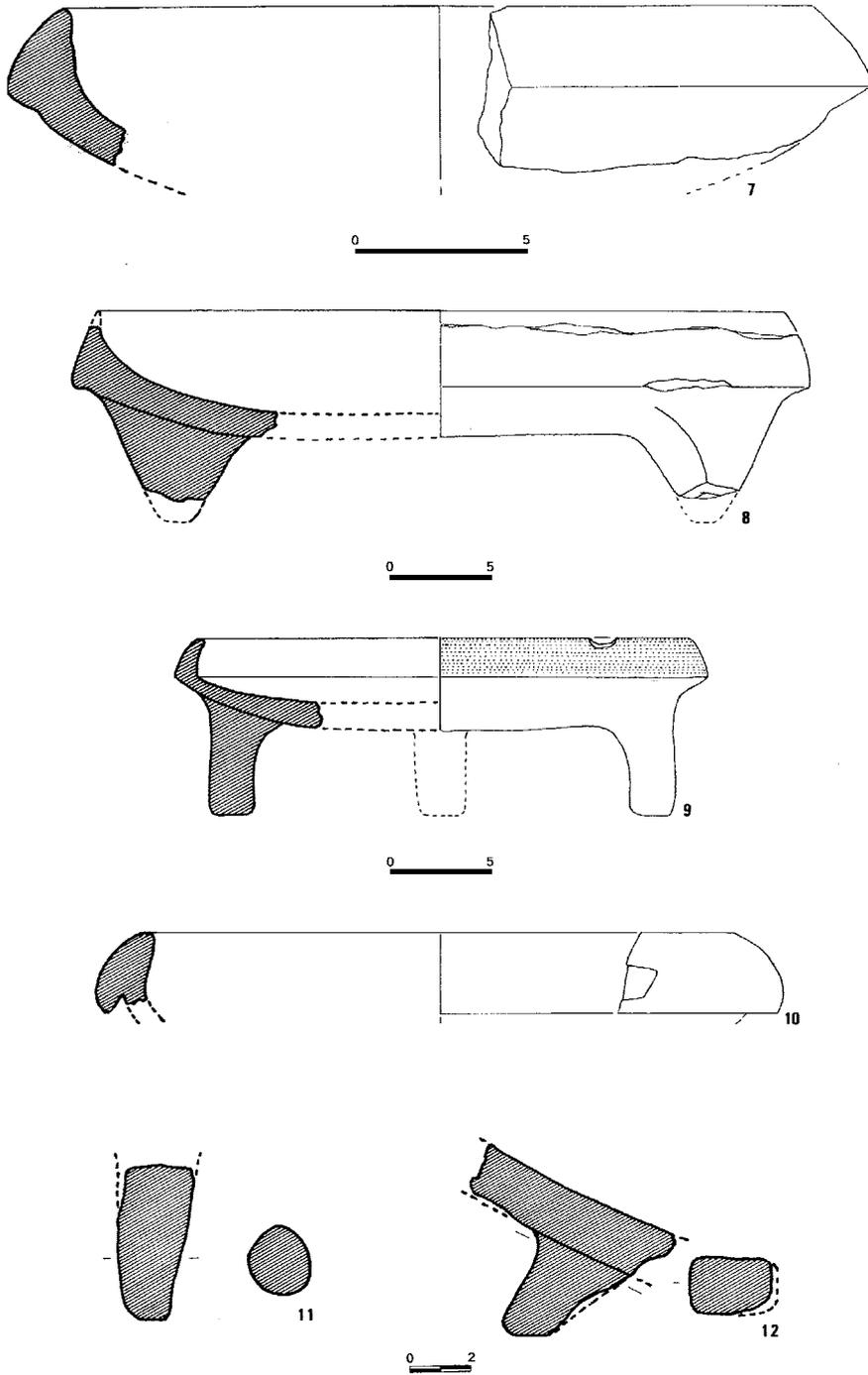


Fig. 4.—Trípodes del Albaicín (7), Cuesta de los Chinos (8), La Malá (9), Los Molinos (10-11) y Los Castellones (12).

terrenos bajos no debieron ser muy practicables, por lo menos para asegurar suficientemente un sitio de habitación que generase las necesarias garantías de estabilidad.

Las cerámicas protohistóricas recuperadas en la Cuesta de los Chinos proceden de la prospección superficial y del corte estratigráfico de urgencia realizado con posterioridad. De cualquier modo el material que ahora nos interesa se ha seleccionado de la primera toma de contacto con el yacimiento por lo que no han podido aportarse datos cronológicos de suficiente validez, aunque cabe suponersele procedente del estrato I del yacimiento, aislado en aquella excavación de urgencia y único *in situ* con relleno protohistórico. Desgraciadamente, ese estrato recibió una fechación muy genérica entre los siglos VII-VI a.C. (Fresneda *et al.*, 1985:261), que aunque concuerda lógicamente con los parámetros temporales de los trípodes, no ha permitido una mayor y necesaria precisión cronológica.

El único trípode del yacimiento es, afortunadamente, un caso de perfil típico, sin plantear dudas en su adscripción tipológica (fig. 4:8). Junto a ello, y como nota paralelizable con lo ocurrido con el ejemplar del Albaicín, tampoco disponemos de una descripción exhaustiva del mismo, que en caso de haberse dado a conocer evitaría una nueva y obligada consulta, si queremos alcanzar una idea más exacta sobre su factura. Fresneda sólo indicó “un fragmento corresponde a vaso trípode. Es de dimensiones medias, superficie interna ligeramente cóncava y soportes prismáticos. la superficie es rojo amarillenta” (Fresneda *et al.*, 1980:215, fig. 14j).

Atendiendo a los datos existentes sólo parece desprenderse de ellos que estaríamos ante un trípode de factura oxidante y sin signos aparentes de haber sido decorado con pintura. En cuanto a las dimensiones, si el dibujo de la publicación coincide exactamente con la escala gráfica que se indica (1:3), nos encontraríamos con un diámetro de 33,9 cm., lo que lo acercaría a los casos del Cerro de los Infantes, aunque sobrepasándolos claramente. En Pinos Puente, los casos más grandes parecen corresponder a los dos pies sueltos, cuyos diámetros, según la medida de los cuerpos en los lugares de inserción de los soportes, ronda los 30-31 cm.

5. Los Baños, La Malá (fig. 1b:5)

Todavía más desconocido que el anterior, también fue dado a la luz pública por E. Fresneda, en lo que es la única aportación hasta el momento para su conocimiento (Fresneda *et al.*, 1982). Es el primero de los yacimientos que escapa relativamente del entorno periférico de la Vega granadina, aunque no podamos separarlo totalmente del mismo. En realidad se trata de un sitio de paso entre dicha Vega y las tierras de Alhama, que como sabemos eran lugar intermedio entre las comunicaciones del interior granadino y las áreas semitizadas de la costa mediterránea; pero además, el yacimiento de Los Baños se levanta en las riberas del arroyo Salado que es una corriente subsidiaria de la red general del Genil, al tiempo que recoge las aguas de una serie secundaria de cursos de agua, como sería el arroyo del Tarajal que desciende de la vertiente que separa esta zona de las tierras de Padul, convirtiéndose así en un nexo natural de unión entre ella misma, la Vega de Granada y la comarca donde se asienta el siguiente yacimiento de Los Molinos.

También estamos aquí ante un hábitat cuyos materiales arqueológicos se conocen por prospecciones superficiales, aunque en este caso el trípode con que contamos (fig. 4:9) sea una pieza interesantísima que ofrece todo el labio pintado de rojo. Por desgracia, como en los dos casos anteriores, adolece de una descripción más completa. El descubridor de la pieza tan sólo describió sumariamente el vaso diciendo: “vaso trípode de dimensiones medias con el borde hacia dentro. La superficie interior es ligeramente cóncava y soporte triangular. Presenta una franja ancha, en el exterior, pintada de rojo” (Fresneda *et al.*, 1982:340, fig. 9k).

Estos datos son interesantes, pese a todo, al permitirnos ampliar los contenidos del grupo pintado de los trípodes granadinos. En cuanto a las dimensiones, ahora encontramos un caso más reducido que el de Gabia que, tras calcular su desarrollo partiendo del dibujo original, arroja una abertura de aproximadamente 24 cm., muy alejado del anterior y aún más pequeño de los que se han podido reconstruir del Cerro de los Infantes que llegaban a los 28 cm. De cualquier modo, paralelizable a algunos de los ejemplares estudiados, como se tendrá ocasión de comprobar.

6. Los Molinos, Padul (fig. 1b:6)

Nos encontramos aquí con un asentamiento del que no conocemos ninguna publicación específica en la que se hable del lugar, al menos en lo relativo a la época que nos interesa, la protohistórica, aunque sí contamos con noticias de momentos posteriores; ese sería el caso relativo a la tumba romana explorada en el yacimiento en 1983 (Jabaloy, 1985:367-369). De cualquier modo el asentamiento quedó recogido en una memoria de licenciatura que estudiaba la zona de Padul, pero que desgraciadamente permanece inédita, por lo que podemos considerar al Cerro de los Molinos bastante novedoso (Rodríguez Ariza, 1985).

Situado en las inmediaciones del municipio de Padul, a un kilómetro aproximado al sur del casco urbano, ocupa fundamentalmente las laderas sur y sureste de una elevación topográfica de 825 m., que es precisamente donde encontramos más relleno arqueológico, pues las zonas más altas ofrecen desnudo el sustrato calizo que constituye las alineaciones montañosas de esta parte del término municipal. El yacimiento está rodeado, en el oeste, norte y este, por el Barranco de la Cueva de Campos, que junto a otro más humilde que corre por el sur, sirvieron de cauces de avenamiento para las turberas extendidas al noreste y este del yacimiento, cuando todavía eran un área pantanosa más extensa.

Como tampoco se han realizado excavaciones en el yacimiento, salvo la urgencia relativa a la sepultura romana antes citada, los materiales que presentamos proceden lógicamente de una antigua prospección superficial realizada en el sitio. Los fragmentos que presentamos son dos: el primero de ellos corresponde al borde de un trípode que presenta el característico labio colgante (fig. 4:10) y coincide con la siguiente descripción: fragmento del boca de un trípode con el borde ligeramente inclinado hacia el interior, pasta rojo anaranjada y grueso núcleo gris oscuro; desgrasante medio a fino, arenoso, calizo, micáceo y esquistoso. Superficies de color ocre claro, posiblemente con engobe y ligeramente alisadas; el diámetro apreciado en el borde es de 19 cm.

El segundo fragmento (fig. 4:11) es una parte del pie de otro trípode de sección redondeada, pasta anaranjada uniforme, desgrasante medio a grueso, arenoso, calizo, micáceo y esquistoso, mientras la superficie es ocre anaranjada con restos de un burdo alisamiento. La novedad del fragmento es que, respecto a los demás, ya no ofrece la típica sección rectangular o trapezoidal, lo que lo hace similar al recuperado en el Cerro del Centinela. La altura del fragmento es de 5,2 cm.

7. Cerro de los Castellones, Huétor Tájar (fig. 1b:7)

El Cerro de los Castellones sí es un yacimiento totalmente inédito, fue descubierto por uno de nosotros cuando realizábamos tareas prospectivas en el ámbito de la comprensión del entorno arqueológico del Cerro de la Mora, y dentro también de los parámetros que nos habíamos marcado para la realización de nuestra propia tesis de doctorado.

Se trata de un sitio arqueológico muy reducido, situado en la margen izquierda del arroyo del Vilano, aunque en alguna cartografía aparece citado como Milano. Al noroeste del casco urbano de Huétor Tájar a poco más de cuatro kilómetros de distancia y sobre una elevación topográfica de 618 m. El arroyo Vilano desagua directamente en el río Genil, representando un cauce húmedo prácticamente permanente y encuadrable, pues, en la cuenca hidrográfica de referencia y en su marco cultural protohistórico. Los restos arqueológicos se centran en las laderas meridionales y orientales del mismo, con hallazgos fundamentalmente ibéricos, romanos y medievales, pero en los que tampoco faltan elementos del Bronce Final y protohistóricos, como el que presentamos, así como restos de ánforas de clara tipología fenicia.

Respecto a los elementos cerámicos que nos interesan, sólo contamos con un ejemplar procedente de este lugar (fig. 4:12), que pese a su estado muy fragmentario ha permitido su clasificación en base a la perduración parcial de uno de los pies. Corresponde a parte del cuerpo y la mitad, aproximadamente, del pie. La pasta es marrón rojiza bastante uniforme, con restos irregulares de un núcleo negruzco; el desgrasante, de grosor medio a grueso, lo componen partículas arenosas, calizas, micáceas y esquistosas. La superficie de color ocre, parece deberse también a la existencia de un engobe y la altura máxima del fragmento es de 6.4 cm.

8. Cerro del Centinela, Cañatalba, Domingo Pérez (fig. 1b:8)

El Cerro del Centinela fue conocido gracias a las labores de urgencia encomendadas al Museo Arqueológico, antes de que se hicieran las transferencias a la comunidad autónoma andaluza, cuando al ararse el terreno se halló una sepultura medieval provocando las tareas de urgencia a las que nos referíamos (Jabaloy *et al.*, 1983).

Aunque alejado del núcleo central de la Vega de Granada, forma parte de la cuenca hidrográfica del Genil en esta zona, por lo que no podemos considerarlo un sitio al margen de la dinámica cultural que pretendemos exponer. En realidad, el Cerro del Centinela se sitúa en una pequeña loma junto al arroyo de la Cañada Tarbora, si atendemos al topónimo que aparece en la hoja 992-I del Mapa Topográfico Nacional a

escala 1:25.000, pues en la publicación original se cita el arroyo de Cañatalhora. Ese arroyo desemboca, pocos metros más abajo del yacimiento en el río Cubillas, uno de los afluentes más importantes del Genil en esta parte de la provincia granadina.

De los abundantes materiales protohistóricos aportados por el Cerro del Centinela, sólo nos interesa aquí el fragmento del pie de un trípode (Jabaloy *et al.*, 1983:362, fig. 14:3), que no hemos podido reproducir aquí, y del que desgraciadamente tampoco disponemos de una descripción precisa, pues respecto a él, sus excavadores sólo llegaron a apreciar que pertenecía a una cerámica de color ocre “que nos podría indicar la existencia de los cuencos trípodes, muy documentados en los yacimientos de esta época”.

La importancia de este último fragmento de trípode es, como indicábamos antes al hablar del ejemplar del Cerro de los Molinos, que se trata del segundo caso en el que la sección del fragmento es de tendencia circular, reafirmando la existencia dentro de los soportes de dos grandes grupos formales. En cuanto a las dimensiones, basándonos en el dibujo publicado a una escala de 1:2, nos encontraríamos con una altura máxima conservada de 5,50 cm.

DISCUSION

En primer lugar, antes de entrar en el debate técnico sobre los distintos modelos de trípodes existentes, así como en sus problemas cronológicos, es de vital importancia analizar la dispersión de estos objetos en la zona de estudio, cuya repercusión puede verse gráficamente en nuestra figura primera. Allí recogemos los hallazgos de esas características (puntos negros), a los que se han añadido triángulos del mismo color, que señalarían sitios de recuperación de objetos de la misma época que, aunque por el momento no comporten ninguna aparición de vasos como los que estudiamos, sí ponen de relieve cómo la fase orientalizante, con la incidencia de elementos cerámicos de morfología fenicia es mucho más amplia de lo que acaba de exponerse para el caso concreto de los trípodes.

De esos lugares hemos reconocido, en primer lugar (fig. 1b:9), la recuperación de un ánfora de raigambre fenicia, encontrada en Sierra Elvira (Atarfe) y que, durante mucho tiempo, ha pasado inadvertida por los estudiosos, desde su descubrimiento y posterior publicación por Gómez Moreno en el último cuarto del siglo XIX (Gómez-Moreno, 1888: lám. XIV: 126). Desde luego, en ese sitio se han encontrado además vestigios prehistóricos, ibéricos, romanos y visigóticos, pero que han quedado un poco relegados por la mayor importancia que se concedió a los de tiempos musulmanes, relacionados con la ciudad de Medina Elvira (Barrios Aguilera, 1986).

Por otra parte, sin que constituya exactamente un lugar novedoso (fig. 1b:3), es interesante señalar las aportaciones que ha proporcionado la excavación de urgencia realizada en las inmediaciones del Mirador de Rolando, donde se pudo recuperar un escaso pero significativo material correspondiente a estos momentos protohistóricos, concretamente un borde de ánfora de tipología (Pastor *et al.*, en prensa: fig. 9:1) similar al anterior hallazgo de Atarfe. Pero en este caso, lo descubierto permite comprobar que la necrópolis de Rolando debió tener un uso más amplio, y que la *Iliberri* protoibérica también utilizaba el solar del posterior cementerio bastetano que estudiara Arribas (1967).

En la fig. 1b:10, se sitúa el yacimiento de Loja, en el que incluimos tanto la actual población granadina, en la que las recientes excavaciones en su Alcazaba han señalado la presencia de elementos arqueológicos de tipología fenicia, aún sin publicar, como el yacimiento del Manzanil, del que dimos a conocer directamente, en otro sitio, una lucerna bicorne de excelente factura y conservación (Pachón *et al.*, 1983:336 s., fig. 1).

El número once de esa misma figura señala el yacimiento de Los Baños de Alhama, donde igualmente se han reconocido elementos cerámicos que podrían encuadrarse en esta época, o algo después, indicando uno de los lugares de especial importancia a la hora de valorar las posibles relaciones comerciales que tuvo que haber entre el horizonte colonial fenicio y las tierras del interior granadino. Este yacimiento del que damos a conocer parte de sus materiales en otro sitio (Pachón *et al.*, 1989-90), se sitúa en una de las vías naturales de comunicación hacia el Mediterráneo, gracias al río Alhama, por lo que ofrece muchas similitudes respecto al yacimiento de la Mesa de Fornes (fig. 1b:12), del que ya publicamos algún resto de ánfora de hombro marcado, propio de estos horizontes culturales (Pachón *et al.*, 1979:311 s., fig. 13:3, lám. 2B).

Todo esto supone una abundancia de restos en una época en la que se conjugan elementos originariamente fenicios como los trípodés, aunque no sólo ellos, marcándose una importante presencia cultural del mundo semita en la zona, como prueba de que los contactos con las colonias mediterráneas debieron ser muy fuertes. No hace mucho, H. G. Niemeyer trataba estos temas en función de la interpretación de Toscanos como centro comercial de primer orden, lo que le permitió cumplir necesariamente un trascendental papel en la distribución de muchos de los productos cerámicos que tratamos (Niemeyer, 1986:120 s., fig. 8). El investigador alemán ilustra su hipótesis con un mapa de dispersión muy simplificado que ahora puede completarse con el gran número de los muchos yacimientos granadinos señalados por nosotros.

Esto no debe resultar chocante, o forzado, si comprobamos la abrumadora presencia de sitios fenicios en el mediodía peninsular (fig. 1a), que en buena parte debieron cumplir una misión de apoyo, si no de competencia con las actividades económicas capitalizadas por el mismo Toscanos. En este sentido, aunque muchos de estos artículos alfareros, que se han hallado en el interior, debieron ser objetos comerciales importados por las poblaciones indígenas desde esos centros productivos semitas; al mismo tiempo, algunos de ellos, entre los que ya podemos contar los trípodés, fueron también realizados por artesanos locales, ampliando así la evidencia que antes teníamos sobre las ánforas, y sobre lo que luego habremos de volver.

Pero, considerando de nuevo los aspectos más concretos de los trípodés, no puede hoy negarse que estos peculiares vasos representan un origen oriental, que parece arrancar de modelos en piedra frecuentes en Próximo Oriente (Buchholz, 1963); modelos que pudieron imitarse luego en arcilla, si atendemos, entre otros, al hallazgo del Cerro del Peñón que parece seguir de cerca a los prototipos pétreos (Maass-Lindemann, 1986:238), aunque aquí tales copias serían propias del siglo VI a. C. No obstante parece que el punto de partida está claro en ese sentido, pese a la supuesta disonancia cronológica de nuestras copias más fieles.

Quizás lo más curioso de los trípodés que hemos reunido en este trabajo sea la constancia de que en la Península parecen coexistir tanto los ejemplares lisos como los pintados, existiendo la posibilidad de que el de Pinos Puente (fig. 3:1) corresponda al

grupo de los policromos, cuando lo corriente en la Península sea la pertenencia de los casos pintados a la vajilla de barniz rojo.

Este hecho es importante, conocida la procedencia mayoritaria en España de sitios de hábitat para toda esta vajilla, respecto a lo que sabemos en el Mediterráneo, donde lo normal es que los ejemplares cuidados correspondan a hallazgos funerarios, como ha destacado G. Maass-Lindemann haciendo referencia a descubrimientos de Cartago, concretamente en la necrópolis de Douimès (Maass-Lindemann, 1982:180, lám. 24,K3.2), o de Mozia (Ciasca, 1978: lám. 34.2). Mientras que en la Península Ibérica el modelo no parece cumplirse, ni tan siquiera por el hallazgo de trípodes en ambientes funerarios, haciendo excepción del ejemplar que Bonsor recuperó en el túmulo de Entremalo, que por lo demás también corresponde a la cerámica lisa (Bonsor, 1899, p. 114, fig. 97).

De todos modos, en nuestros trípodes pintados, sólo podemos estar seguros de que no procede de un ambiente funerario el ejemplar del Albaicín, hallado en estratos claros de habitación, mientras que los del Cerro de los Infantes y Los Baños, al ser superficiales, siempre cabría la posibilidad de que provengan de alguna tumba destruida de antiguo. Y eso si el trípode del barrio granadino acaba correspondiendo exactamente con el grupo de barniz rojo.

Tras el análisis general de Culican sobre estos vasos (Culican, 1970:11 s.), el estudio más exhaustivo referido a los hallazgos españoles y sus posibles relaciones mediterráneas se debe a G. Maass-Lindemann (Schubart y Maass-Lindemann, 1984: pp. 133 s.), por lo que no es necesario volver a repetir la dispersión geográfica de los trípodes por Andalucía. Aunque sí sería conveniente indicar que, año tras año, las continuas prospecciones y excavaciones siguen añadiendo nuevos ejemplares a lo ya conocido. De ello pueden servir de ejemplo los casos recuperados en los últimos años en la campaña cordobesa, por ejemplo, el de una zona donde no se producían hallazgos de este tipo (Morena López, 1987:112, fig. 9), que curiosamente une entre sus características el llevar el borde pintado. Un caso más que no parece coincidir con un ambiente funerario.

Sobre sus connotaciones temporales se ha planteado que no es muy probable que los trípodes de la Península pudieran estar presentes en las fases protohistóricas del siglo VIII, sino que más bien comenzarían su andadura en el siglo VII a.C.; todo ello si el ejemplar recuperado en Chorreras no es del siglo VIII (Aubet *et al.*, 1979:116, fig. 10:142). Estos datos son los que vienen a coincidir con lo establecido por la columna cronológica del Cerro de la Mora (fig. 2), en la que los hallazgos de trípodes se iniciaron en la fase III, datada desde el último cuarto de la octava centuria, aunque el hallazgo cerámico en cuestión no provenía de los estratos basales de ese horizonte.

Todo vendría a coincidir con la cronología que se ha venido adjudicando a estas cerámicas durante todo el siglo VII y VI a.C., aunque creemos que mayoritariamente se centrarían en el primero de esos siglos, sin descartar una tímida existencia en el siglo VIII, pues su origen en la Península debe buscarse en la colonización fenicia, al estar ausente la forma en los contextos materiales del Bronce Final. Pudiéndose afirmar que existen con una mayor antigüedad no sólo en los ambientes fenicios, sino también en las zonas *hinterland* del interior a la que correspondería el territorio granadino aquí estudiado, frente a otros lugares como los tartésicos en los que los trípodes no aparecen por el momento más atrás del siglo VI (Fernández Jurado, 1988-89: cuadro resumen).

Respecto a las distintas fábricas en que los trípodes suelen aparecer, resulta claro que

la mayor parte de ellos, como ocurre con el *corpus* presentado, correspondería a la cerámica sin tratamiento, lo que debe hacerse coincidir con una utilidad doméstica o industrial. Pero también son evidentes los ejemplares pertenecientes a la cerámica roja o de engobe rojo; hecho patente, pese a no haber sido recogida la forma en las tipologías de I. Negueruela (1979-80) sobre los contenidos cerámicos fenicios, ni en las realizadas sobre los materiales de yacimientos tartésicos (Rufete, 1987 y 1989). Síntesis en las que no se recogen trípodes con engobe rojo, porque no se conocían en su momento o porque no se integran en los hallazgos realizados en Huelva, donde en cambio sí los tenemos en cerámica sin tratamiento (Fernández Jurado, 1988-89, vol. 2: 88 y 274, lám. XL:8 y CXXXIII:15). Aunque hoy sabemos que existieron, por lo que pueden recordarse algunos como los recuperados en Toscanos (Schubart y Maass-Lindemann, 1984, fig. 19:786) y Abdera (Suárez *et al.*, 1989: fig. 8q).

Pero quizás lo más interesante en este sentido haya sido la recuperación del primer fragmento conocido de trípode en cerámica gris (fig. 3:4), que no encontramos ni siquiera en los fondos cerámicos de las factorías costeras, lo que podría indicarnos una fabricación indígena o una producción destinada exclusivamente a las poblaciones peninsulares. De todos modos las características peculiares del fragmento, junto al lugar de aparición en el Cerro de los Infantes nos inclina más fácilmente hacia la primera explicación. Por un lado, si esas producciones se hubieran hecho en los alfares de los asentamientos fenicios de la costa, es más que probable que, después de la enorme investigación realizada en esa zona, se hubiese hallado algún pequeño fragmento de esas producciones grises, puesto que en otras formas cerámicas sí se ha producido.

Por otro, ya indicamos en la descripción de dicho trípode que su pasta era similar a otras halladas en el mismo lugar y que correspondían a desechos de un alfar, lo que se comprueba porque un fragmento de ánfora de esas características (en la publicación no se indicó si era gris u oxidante) fue publicado con los resultados de la excavación de 1980 en el yacimiento (Mendoza *et al.*, 1980: fig. 18j; Contreras *et al.*, 1983: fig. 1f), procedente del horno allí excavado y que se pudo fechar entre finales del siglo VII y principios del VI a. C. Las conclusiones que podemos sacar de este hecho son fundamentales pues demuestran que parte de la vajilla gris era fabricada *in situ* por artesanos locales, y entre los materiales que se facturaban estaban las ánforas, las urnas Rachgoun-Cruz del Negro (Molina *et al.*, 1983:697) y, como ahora también sabemos, los trípodes. Posiblemente en cerámicas claras, pero con toda seguridad en arcilla gris.

Por último, en las cuestiones técnicas de los trípodes, resulta también de rigurosa novedad la presencia de un trípode pintado que debemos considerar encuadrado dentro de las producciones policromas, o quizás en el grupo denominado *black on red*, puesto que el fondo rojizo del vaso recuerda más el tratamiento propio de los recipientes con engobe rojo que las franjas más limitadas que se emplearon en la cerámica policroma. Como en los repertorios de trípodes de los asentamientos costeros esta decoración es inédita, nada nos impide lanzar la hipótesis de que se trate también de una pieza indígena. Ni siquiera en los casos que conocemos del Mediterráneo la decoración pasa de ese engobe rojo, aplicado en bandas en los casos más “complejos”.

Si atendemos a los diámetros de estos vasos, el correspondiente a nuestro trípode (28 cm.) excede en mucho lo que parece normal en los casos de engobe rojo conocidos, que suelen ser bastante más pequeños: el caso citado antes de Abdera podría confirmarlo, lo

que concuerda con ejemplares mediterráneos, como el recuperado recientemente en Cartago, con sólo 10,8 cm. (Teschauer, 1990:145, fig. 29:64), que coincide con las apreciaciones de G. Maas-Lindemann que ha relacionado los tipos de cerámica fina con los tamaños pequeños y el hallazgo en tumbas (Maass-Lindemann, 1986:238).

De cualquier forma estos datos deben tomarse con la suficiente reserva, habida cuenta de que también es pequeño el ejemplar de Adra, pero proviene del hábitat, mientras que el de Toscanos es grande (27 cm.) e igualmente apareció en el poblado. También podría ser problemático buscar una evolución cronológica en función de esos diversos tamaños: el caso de Cartago se ha fechado entre los siglos VII/VI a. C.; el de Toscanos no está muy claro, pues el trípode proviene de estratos de relleno sin un claro valor cronológico, aunque si el abandono de la factoría se produce sobre el 550 a. C. (Aubet, 1987:267), esto señalaría una fecha límite algo más moderna que los trípodes. Por su parte, el trípode de Adra se encuadra en la fase II del yacimiento, en pleno siglo VII; mientras que el de Chorreras, aunque no se trate de un caso pintado, habría que situarlo probablemente en el siglo VIII.

En cuanto a la posible relación de nuestros trípodes a los prototipos en piedra, también se ha argumentado que los ejemplares cerámicos más cercanos a aquellos, en los que los pies continúan la línea exterior del borde, existen en la Península en un momento tardío que se ha fechado en el siglo VI a. C. (Maas-Lindemann, 1986:238); cuestión en la que tampoco deberíamos ser tan tajantes, porque otro caso, que recuerda de cerca los casos pétreos y que se halló en Abdera (Suárez *et al.*, 1989: fig. 8w), se sitúa en la fase segunda del yacimiento, que ya vimos cómo se encuadró cronológicamente entre los años 700 y 600 a. C.

Quedaría ahora tratar sobre la posible función de los trípodes. Aunque de antemano es innegable que se trata de un problema muy nebuloso, disponemos de algunos datos confirmados que podrían arrojar alguna luz sobre la cuestión. En primer lugar la enorme dispersión de hallazgos evidencia que estamos ante un elemento común dentro de las sociedades orientalizantes de la Península, tanto la fenicia, como las conectadas con ella a nivel probablemente económico, directa o indirectamente. Dicho de otro modo, no parece tratarse de un elemento de excesivo valor, por lo que su uso debió relacionarse a tareas estrictamente cotidianas.

En segundo lugar, salvo el ejemplar recuperado en Entremalo, del que disponemos de datos bastante precisos gracias a Culican (1970:11), que procedente de un hallazgo funerario, el resto de los trípodes provienen de lugares de hábitat, además de resultar que el caso de Carmona es liso. Queremos decir que ni siquiera es posible establecer en la Península una relación directa entre los vasos de la vajilla fina y su uso mortuorio, puesto que estos también están apareciendo en los poblados. Aquí tendríamos otra razón para suponer que los trípodes eran objetos de uso cotidiano o doméstico.

El único dato que podría ilustrar sobre su uso es el conocido de los prototipos de piedra, donde se daba la asociación trípode/manos de almirez (Buchholz, 1963:62 s.), lo que encajaría con su empleo como morteros, en los que la relación a tumbas también podría implicar un recipiente de utilidad para la cosmética. Pero esta cualidad que podría suponerse igualmente en todos aquellos sitios donde se dan trípodes en contextos funerarios, queda algo limitada para la Península, donde esa relación es prácticamente inexistente. De todos modos resultaría indiferente tal relación pues la cosmética no

tendría por qué reducirse a las cuestiones funerarias, sino que su generalización entre la población aún viva podría explicar la frecuencia de aparición en los poblados. Ahora bien, estas prácticas estéticas (femeninas o no), que parecen nuevas en las sociedades orientalizantes peninsulares, deberían haber requerido una explicación de los trípodes como elementos importados propios del comercio fenicio, al igual que ocurre con otros productos semejantes: las ampollas de aceite (Culican, 1970; Ramón, 1984). Y ello no resulta ya del todo convincente, después de haber demostrado que los trípodes llegaron a fabricarse localmente.

Es entonces razonable admitir un uso del trípode como mortero pero, sin querer descartar totalmente su empleo en la vertiente de los afeites, creemos que su utilidad fue más propia de actividades artesanales o domésticas. En la segunda de las cuestiones no vamos a entrar, y en la vertiente artesana debe descartarse la posibilidad de que sirviera para reducir elementos minerales en general, pues el trípode no ofrece la suficiente resistencia como para soportar un trabajo enérgico. Por eso quizás pueda concluirse un uso, que no tiene por qué ser el único, relacionando los trípodes con su abundancia en lugares donde sabemos que hubo una producción artesanal alfarera, como es el caso del Cerro de los Infantes. Allí el trípode pudo cumplir funciones complementarias en ese trabajo artesanal, como la confección de los engobes arcillosos que sabemos se aplicaban a una enorme cantidad de productos cerámicos, pintados o no. La hipótesis por lo menos es bastante sugestiva, consiguiendo acomodar las fechas de aparición de estos recipientes con la generalizada producción de cerámicas locales, en las que ya se empleaba el torno de alfarero, cuando empiezan a elaborarse unos modelos en buena parte tomados del mundo fenicio.

En definitiva, el empleo del torno y de nuevos hornos, apropiados a las necesidades de los nuevos artículos cerámicos, debemos interpretarlo como auténticos cambios en las tecnologías de producción y, subsiguientemente expresarían una transformación de las relaciones sociales de producción y serían factores conducentes o inherentes de un cambio cultural. Creemos así que el cambio cultural que hubo de producirse en la fase orientalizante se relaciona directamente con las implicaciones de todo tipo que se generaron con la llegada de los fenicios, y gracias a la documentación arqueológica esto puede inferirse del estudio de los conjuntos cerámicos, como acabamos de hacer con los trípodes.

De este modo, las cerámicas, elementos recuperables en cualquier prospección superficial de nuestros yacimientos, resultan suficientes para establecer hipótesis históricas sobre la economía de las sociedades que las fabricaron y utilizaron. Y no podemos olvidar que muchas de las opiniones hasta ahora presentadas deben su razón de ser al cúmulo de excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en lugares orientalizantes de nuestra geografía y al uso de una práctica investigadora que es la *cronología relativa*, constituida en base a los paralelos tipológicos de muchos de los hallazgos como los que se han comentado.

Sin esos hallazgos, cuyo conocimiento debemos a la arqueología positivista, cualquier investigador con un presupuesto teórico diferente, aunque empleara planteamientos más científicos, sería incapaz de adjudicar los trípodes, o cualquier conclusión de mayor alcance, a los fenicios, a los indígenas orientalizantes o a otra formación social de nuestra prehistoria o protohistoria. Estaría, sin más, levantando una trama supuestamente

histórica fuera de la historia, sin un tiempo donde ambientarla y, posiblemente, sin un espacio donde articularla.

CONCLUSION

Hemos querido dejar para el final un breve comentario sobre las nuevas variables que la arqueología crítica plantea como fundamentales en este tipo de estudios, sin perjuicio de que en otro momento tratemos más extensamente esta problemática.

Los hallazgos de trípodes y demás elementos fenicios en la zona se han producido en una serie de yacimientos que concuerdan notablemente en sus características topográficas, así como en su ubicación junto a cursos de agua o zonas inundadas con valor ecológico y posibilidad de utilización en técnicas agrícolas novedosas como el regadío. Esto representaría una serie de cambios en las actividades económicas, respecto a los tiempos anteriores, que han sido destacados por la nueva arqueología para explicar los cambios culturales, en función de una serie de variables de las que vamos a destacar la *intensificación* y la *interacción*.

La primera de tales variables no es más que un concepto económico que básicamente explicaría cómo las sociedades prehistóricas, en un determinado momento, provocan un notable aumento de los procesos económicos que en las sociedades primitivas de la historia peninsular se habrían centrado en la metalurgia, la agricultura y la ganadería, bastante antes de la época que ahora nos ocupa. Pero para no perder en exceso el hilo de nuestra argumentación y centrarnos en el tiempo que nos interesa, baste decir que la intensificación ha sido demostrada en sociedades como la argárica en la que V. Lull (1983:423 s.; 1984) entrevió dos procesos económicos de intensificación, centrados en la especialización económica de las dos comunidades básicas que componían aquella sociedad: la de los hábitats de montaña, donde la especialización se basó en la agricultura extensiva y la ganadería, y las comunidades del llano (entendido como zonas bajas) con una dedicación a la agricultura intensiva, en la que empezarían a tener cabida las nuevas técnicas como el regadío y la variedad de los cultivos. La metalurgia debía incluirse en estos procesos económicos, con independencia de si eran asentamientos de altura o no, sino en relación con la situación de los recursos mineros.

En conexión con esto podemos hacer notar que los yacimientos más importantes que nosotros hemos citado en relación a los trípodes granadinos, suelen ofrecer un sustrato argárico en sus perfiles estratigráficos, por lo que esa intensificación estudiada por Lull debió estar presente en las bases fundacionales de tales asentamientos. Pero destacándose en el Bronce Final, cuando creemos que ese proceso alcanzó una magnificación sin parangón en los desarrollos históricos previos. Esto puede demostrarse por la abundancia en los contenidos materiales de los yacimientos de un notable número de piezas dentadas de sílex, que pueden conjugarse con la extensión de otros yacimientos —sin base argárica— que generalizan una pauta de asentamiento en zonas bajas, buscando las llanuras aluviales, los valles de los ríos o los bordes de lagos y pantanos. Puede decirse que la nueva situación económica, basada en la agricultura intensiva, obligaba al hombre a un control más directo de las zonas cultivadas, acortando las distancias que separaban el lugar de trabajo y las áreas de habitación.

Esto tuvo que complementarse con otras actividades como la metalurgia, cuya intensificación iniciada también en tiempos argáricos, debió continuarse durante el Bronce Final, explicándose así la abundancia de elementos metálicos como las fibulas de codo y las espadas de lengua de carpa, a la que no fueron ajenos nuestros yacimientos granadinos, en los que la metalurgia estuvo presente y demostrada por la presencia de crisoles de fundición (Carrasco *et al.*, 1985:315 s., fig. 26). Es en este complejo ambiente de transformación económica, social y cultural, cuando se produce la llegada de los fenicios a la Península y se plantea un importante problema de *interacción*.

La interacción en estas épocas no plantea las interminables polémicas, como ocurre en nuestro Cobre, sobre si hubo colonización o no, entre indigenismo e invasionismo, etc., dado que es un hecho irrefutable que se produjo colonización fenicia. Por lo que también es seguro que se establecieron unas relaciones mutuas entre los semitas y las poblaciones indígenas del interior, relaciones en las que debió influir la escasa distancia que separa la Vega de Granada y la zona costera mediterránea donde se asentaron mayoritariamente las poblaciones orientales. Entre una y otras mayoritariamente se desarrollaron una serie de contactos comerciales a corta distancia que explica la presencia de importantes cantidades de cerámicas fenicias importadas en los yacimientos granadinos.

Y, precisamente, los hallazgos de trípodes y otros productos fenicios en esta zona (fig. 1:abajo) constituirían la evidencia más clara de lo dicho. Pero, ¿cómo explicar ese comercio?, ¿qué sentido tuvo? y ¿cómo entender el uso del torno entre los indígenas? Aunque muchas de estas preguntas pueden contestarse de otro modo, y ya se ha hecho en otros sitios, a nosotros nos interesa responder buscando puntos de contacto, y medios de interpretación, que engloben los productos cerámicos que aquí se han estudiado.

Los fenicios venían impulsados hacia occidente por la necesidad de encontrar plata con que pagar los impuestos establecidos por los asirios como tributo de guerra, aunque tampoco debe olvidarse que los textos bíblicos señalan también el pago de hierro, junto al estaño y el plomo. De todos ellos, las tierras del sureste poseían buenas reservas de hierro y no debe desdeñarse que la metalurgia del hierro fuera una de las principales actividades generadas por la colonización fenicia y que propiciara el contacto con los indígenas. De las actividades extractivas, y de transformación del mineral del hierro, han quedado muestras irrefutables en el registro arqueológico, como demuestran las recientes excavaciones en el Cerro del Peñón, junto a Toscanos (Niemeyer *et al.*, 1988:159 s., fig. 3-5, lám. 13b-15).

Iniciadas esas relaciones, con independencia de los motivos originales que las provocaron, los colonos semitas debieron conocer el dinamismo económico de las poblaciones indígenas, sobre todo a nivel agrícola y no sería extraño que decidieran “capitalizar” la producción de esas actividades agrícolas, comercializándola y aprovechándose de unos recursos que no debían ser muy abundantes en la zona costera mediterránea, limitada para el cultivo por la ausencia de las actuales llanuras litorales y por la abundancia de esteros inaprovechables para el cultivo.

Así, las propias necesidades alimenticias de la población emigrada, junto con las expectativas mercantiles que pudieran añadirse, los fenicios emprendieron esa comercialización mediante el uso de una de las cerámicas más abundantes en nuestra protohistoria, las ánforas; donde se envasarían los productos agrícolas y se distribuirían en los

mercados con déficit alimenticio. En esta situación es en la que debe entenderse la introducción del torno de alfarero y la tecnología cerámica fenicia entre los indígenas, con un fin totalmente preciso: que los mismos centros de explotación agrícola dispusieran directamente de los envases que necesitaban para el almacenamiento de sus productos. Con ello se evitaba el viaje de los recipientes vacíos hasta el lugar de envasado, economizándose el gasto producido y rentabilizándose enormemente el esfuerzo aplicado y las ganancias finales del proceso.

Los trípodes, para acabar, tendrían que relacionarse con este proceso no porque sirvieran para lo mismo que las ánforas, sino porque con el proceso normal de aprendizaje de la nueva tecnología, debieron de introducirse numerosos elementos más de la cultura fenicia, relacionados con el uso de determinados recipientes, como pudo ser la utilidad que antes describimos para aquellos vasos. Lo que queda claro es que ahora podemos considerarlo como artículo que se fabricó localmente, al menos en cerámica gris, y que su interpretación funcional debe corresponderse con actividades cotidianas y de ahí su abundancia, lo mismo que su mayoritaria aparición en los poblados.

Su escasa presencia en ambientes funerarios, con el único hallazgo conocido en la Península de Entremalo, habría que relacionarlo con poblaciones marginales en las que la interacción con el mundo fenicio estaba muy atenuada. No extrañaría, entonces, su presencia en necrópolis tumulares, que han sido explicadas en otros sitios como Setefilla, como expresiones culturales propias de poblaciones ganaderas trashumantes, donde la aparición de los trípodes podríamos interpretarla en el sentido de objetos exóticos. Objetos descargados del verdadero valor de uso original y apropiado por los indígenas para alcanzar otro sentido simbólico de utilidad para los jefes locales; quizás como elementos de prestigio, pero ya sin relación alguna con el destino reservado a las tierras del hinterland fenicio, en las que como se ha visto quedaron enmarcadas las áreas granadinas de nuestros hallazgos.

BIBLIOGRAFIA

- AGUAYO, P. y SALVATIERRA, V. (1987): "El poblamiento ibérico en las altiplanicies granadinas", *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén, pp. 229 s.
- ANTOLINEZ DE BURGOS, A. (1611): *Historia eclesiástica de la Santa Iglesia Apostólica de Granada*, Granada.
- ARANEGUI, C. (1975): "La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11, pp. 333 s.
- ARRIBAS, A. (1967): "La necrópolis bastitana del Mirador de Rolando (Granada)", *Pyrenae*, 3, pp. 67-107.
- AUBET, M.^a E. (1986): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Ed. Bellaterra, Barcelona.
- AUBET, M.^a E., MAAS-LINDEMANN, G. y SCHUBART, H. (1979): "Chorreras un establecimiento fenicio al este de la desembocadura del Algarrobo", *Not. Arq. Hisp.*, 6, Madrid, pp. 89-138.
- BARRIOS AGUILERA, M. (1986): "Introducción" a GOMEZ-MORENO, M.: *Medina Elvira*, Ed. facsimil de la de 1888, Granada, pp. IX s.
- BELÉN, M.^a (1976): "Estudio y tipología de la cerámica gris de la provincia de Huelva", *R.A.B.M.*, LXXIX, 2, Madrid, pp. 353 s.
- BIKAY, P. M. (1978): *The Pottery of Tyre*, Warminster.
- BONSOR, G. (1899): *Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis*, R.A., 35, Paris.
- BUCHHOLZ, H. (1963): "Steinere Dreifusschalen des ägäischen Kulturkreises und ihre Beziehungen zum Osten", *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, 78, pp. 1-77.

- CARRASCO, J. (1977): "El Hermes de bronce de Pinos Puente (Granada)", XIV *C.N.A.*, Zaragoza, pp. 763-766.
- CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHON, J. A. (1982): "Cerro de la Mora I (Moraleta de Zafayona. Granada)", *Not. Arq. Hisp.*, 13, Madrid, pp. 7-164.
- (1984): "Cerro de la Mora, Moraleta de Zafayona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El corte 4". *Cuad. Preh. Gr.*, 6, 1981, pp. 307-354.
- (1989): "Excavaciones arqueológicas en el Cerro de la Mora (Moraleta de Zafayona, Granada)", *An. Arq. And.*, II, Sevilla, 1986, pp. 353-359.
- CARRASCO, J., PACHON, J. A. y PASTOR, M. (1985): "Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora. La espada de lengua de carpa y la fibula de codo del Cerro de la Miel (Moraleta de Zafayona, Granada)", *Cuad. Preh. Gr.*, 10, pp. 265-333.
- (1990): "Memoria preliminar sobre la campaña de excavaciones 1987 en el Cerro de la Mora, Moraleta de Zafayona (Granada)", *An. Arq. And.*, II, Sevilla, 1988, pp. 242-245.
- CARRASCO, J., PACHON, J. A. PASTOR, M. y GAMIZ, J. (1987): *La espada del Cerro de la Mora y su contexto arqueológico*, Ayuntamiento de Moraleta de Zafayona, Granada.
- CARRASCO, J., PACHON, J. A., PASTOR, M. y NAVARRETE, M.^a S. (1987): "Memoria preliminar de la campaña de excavaciones de 1985 en el Cerro de la Mora (Moraleta de Zafayona, Granada)", *An. Arq. And.*, II, Sevilla, 1985, pp. 266-271.
- CARRASCO, J., TORO, I., ALMOHALLA, M., ANIBAL, C. y GAMIZ, J. (1978): "La ocupación musteriense en la Cuenca Media del Genil", *Cuad. Preh. Gr.*, 3, pp. 14-43.
- CEAN BERMUDEZ, J. A. (1832): *Sumario de antigüedades romanas que hay en España*, Madrid.
- CIASCA, AL. (1978): *Moza*, IX, Roma.
- CONTRERAS, F., CARRION, F. y JABALOY, E. (1983): "Un horno de alfarero protohistórico en el Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada)", XVI *C.N.A.*, Zaragoza, pp. 533-537.
- CULICAN, W. (1970): "Phoenician Oil Bottles and Tripod Bowls", *Berytus*, 1970, pp. 5-18.
- DE ARGOTE, S. (1814): *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos por Granada y sus contornos*, Granada.
- EGUILAZ Y YANGUAS, L. (1881): *Del lugar donde fue Iliberis*, Madrid.
- FERNANDEZ JURADO, J. (1988-89): *Tartessos y Huelva*, Huelva Arqueológica, X-XI, 3 vols., Huelva.
- FLOREZ, E. (1754): *España Sagrada*, XII.
- FLORSCHÜTZ, F., MENENDEZ, J. y WIJMSTRA, T. A. (1971): "Palinology of a thick Quaternary succession in southern Spain", *Paleogeography, Paleoclimatology, Paleocology*, 10, pp. 233-264.
- FRESNEDA, E. y RODRIGUEZ, M.^a O. (1980): "El yacimiento de la Cuesta de los Chinos (Gabia, Granada)". *Cuad. Preh. Gr.*, 5, pp. 197-219.
- (1982): "El yacimiento arqueológico de Los Baños (La Malá, Granada)", *Cuad. Preh. Gr.*, 7, pp. 331-357.
- FRESNEDA, E., RODRIGUEZ, M.^a O. y JABALOY, E. (1985): "El yacimiento arqueológico de la Cuesta de los Chinos (Gabia, Granada)", *Cuad. Preh. Gr.*, 10, pp. 243-264.
- FRESNEDA, E., RODRIGUEZ, M.^a O. y LOPEZ, M. (1987-88): "La cultura del Argar en el sector oriental de la Vega de Granada. Estado actual de la investigación", *Cuad. Preh. Gr.*, 12-13, pp. 101-133.
- GARCIA MERCADAL, J. (1952): *Viajes extranjeros por España y Portugal*, Madrid.
- GIL FARRÉS, O. (1966): *La moneda hispánica de la Edad Antigua*, Madrid.
- GOMEZ-MORENO, M. (1888): *Medina Elvira*, Granada, 1888.
- (1907): "El municipio Ilurconense", *B.R.A.H.*, 50, pp. 182 s.
- GONZALEZ, J. (1976): "Ilorci (Plinio, N. H. 3, 9)", *Habis*, 7, Sevilla, pp. 391-403.
- HERNANDO GONZALO, A. (1987-88): "Interpretaciones secuenciales del Calcolítico del Sureste español. estudio de sus bases teóricas", *Cuad. Preh. Gr.*, 12-13, pp. 35-80.
- HURTADO DE MENDOZA, D. (1570): *Guerra de Granada*, Madrid (ed. facsímil), 1970.
- JABALOY, M.^a E. (1985): "Dos nuevas sepulturas romanas en la provincia de Granada", *Cuad. Preh. Gr.*, 10, pp. 367-375.
- JABALOY, M.^a E., SALVATIERRA, V., GARCIA, J. A. y GARCIA, A. (1983): "El yacimiento preibérico del Cerro del Centinela", *Cuad. Preh. Gr.*, 8, pp. 343-373.
- LAFUENTE ALCANTARA, M. (1843): *Historia de Granada*, I, Granada.
- LULL, V. (1983): *La "cultura" de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*, Ed. Akal, Madrid.

- (1984): “A new assesment of Argaric society and economy”, en WALDREN, W. H., CHAPMAN, R., LEWTHWAITE, J. y KENNARD, R. C. (Eds.): *The Deya Conference of Prehistory*, B.A.R. Int. Series, 229, Oxford, pp. 1197-1238.
- MAASS-LINDEMANN, G. (1982): *Toscanos. Die Westphönizische Niederlasung an der Mündung des Río de Vélez. Lieferung 3: Grabungskampagne 1971 und die Importdatierte Westphönizische Grabkeramik des 7./6. Jhs. v. Chr.*, M.F., 6, Berlín.
- (1986): “Vasos fenicios de los siglos VIII-VI en España. Su procedencia y posición dentro del mundo fenicio occidental”, en DEL OLMO, G. y AUBET, M.^a E.: *Los fenicios en la Península Ibérica*, I, Ed. AUSA, Sabadell, pp. 227-239.
- MENDOZA, A., MOLINA, F., ARTEAGA, O. y AGUAYO, P. (1981): “Cerro de los Infantes (P. Puente, Provinz. Granada). Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien”, *M.M.*, 22, pp. 171-210.
- MENENDEZ AMOR, J. y FLORSCHÜTZ, F. (1964): “Results of the preliminary palynological investigation of samples from a 50 m. boring in southern Spain”, *Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural*, 62, Madrid, pp. 251-255.
- MOLINA, F., MENDOZA, A., SAEZ, L., ARTEAGA, O., AGUAYO, P. y ROCA, M. (1983): “Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes”, *XVI C.N.A.*, Zaragoza, pp. 698-707.
- MORENA LOPEZ, J. A. (1987): “Informe preliminar de la prospección arqueológica de superficie realizada en el término de Cañete de las Torres (Córdoba)”, *An. Arq. And.*, II, Sevilla, pp. 108-114.
- MORENO, M.^a A., BURGOS, A., ADROHER, A. y RISUEÑO, B. (1989): “Excavaciones arqueológicas en la ciudad iberorromana y medieval de Granada. Campaña de 1989”, *An. Arq. And.*, II, Sevilla, pp. 390-400.
- NAVAGGIERO, A. (1526): *Viaje por España*, Madrid (reimpresión), 1952.
- NEGUERUELA, I. (1979-80): “Sobre la cerámica de engobe rojo en España”, *Habis*, 10-11, Sevilla, pp. 335-359.
- NIEMEYER, H. G. (1986): “El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función”, en DEL OLMO, G. y AUBET, M.^a E.: *Los fenicios en la Península Ibérica*, I, Ed. AUSA, Sabadell, pp. 109-126.
- NIEMEYER, H. G., BRIESE, CH. y BAHNEMANN, R. (1988): “Die Untersuchungen auf dem Cerro del Peñón”, en *Forschungen zur Archäologie und Geologie im Raum von Torre del Mar 1983/84*, M.B., 14, Mainz, pp. 154-171.
- PACHON, J. A., CARRASCO, J. y PASTOR, M. (1979): “Protohistoria de la Cuenca Alta del Genil”, *Cuad. Preh. Gr.*, 4, 1979, pp. 295-340.
- PACHON, J. A., CARRASCO, J. y MALPESA, M. (1980): *El proceso protohistórico en Andalucía Oriental: Jaén*, Publicaciones del Museo de Jaén, 7.
- PACHON, J. A. y CARRASCO, J. (1983): “Influencias fenicias en la Vega de Granada”, *C.N.A.* XVI, Zaragoza, pp. 479-487.
- PACHON, J. A., CARRASCO, J. y ANIBAL, C. (1989-90): “Decoración figurada y cerámicas orientalizantes. Estado de la cuestión a la luz de los nuevos hallazgos”, *Cuad. Preh. Gr.*, 14-15.
- PASTOR, M., CARRASCO, J. y PACHON, J. A. (1988): “Protohistoria de la Cuenca Alta del Genil: el yacimiento arqueológico ‘Cerro de la Mora’ (Moraleta de Zafayona. Granada)”, *Studia Historica*, VI, Salamanca, pp. 37-52.
- PASTOR, M., CARRASCO, J., PACHON, J. A. y CARRASCO, E. (1981): “Cerro de la Mora (Moraleta de Zafayona. Granada)”, *Not. Arq. Hisp.*, 12, Madrid, pp. 135-158.
- PASTOR, M. y MENDOZA, A. (1987): *Inscripciones latinas de la provincia de Granada*, Granada.
- PASTOR, M. y PACHON, J. A. (en prensa): “El Mirador de Rolando. Una prospección con sondeos estratigráficos”, *Florentia Iliberritana*, 2, Granada.
- PELLICER, M. (1961): “Un enterramiento posthallstático en Granada”, *VII C.N.A.*, Zaragoza, pp. 154 s.
- (1962): “Actividades de la Delegación de Zona de la provincia de Granada. Años 1955-62”, *Not. Arq. Hisp.*, VI, Madrid, pp. 304-350.
- PRIETO ARCINIEGA, A. (1973): *Estructura social del “Conventus Cordubensis durante el Alto Imperio Romano*, Granada.
- RAMON, J. (1984): “Cuestiones de comercio arcaico: frascos fenicios de aceite perfumado en el Mediterráneo central y occidental”, *Ampurias*, 44, Barcelona, 1982, pp. 17-41.
- RAYA, M., BURGOS, A. y ROCA, M. (1986): “Excavación de urgencia en el solar situado en la calle

- María de la Miel esquina San Nicolás Nuevo en el Albaicín de Granada”, *An. Arq. And.*, III, pp. 132-133.
- RENFREW, C. (1972): *The Emergence of Civilisation*, Londres.
- (1986): “Introduction: peer polity interaction and socio-political change”, en RENFREW, C. y CHERRY, J. F. (Eds.): *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, Cambridge, pp. 1 s.
- RISUEÑO OLARTE, B. y ADROHER AUROUX, A. M. (1990): “La cerámica de importación en el registro arqueológico”, *Florentia Iliberritana*, 1, Granada, pp. 373-387.
- ROCA, M., MORENO, M.^a A., BURGOS, A. y FERNANDEZ, M.^a I. (1988): “Estudio de materiales arqueológicos de la ciudad iberorromana de Granada. Campaña de 1987”, *An. Arq. And.*, II, pp. 235-237.
- ROCA, M., MORENO, M.^a A. y LIZCANO, R. (1985): “Excavaciones sistemáticas en la ciudad iberorromana de Granada. Campaña de 1985”, *An. Arq. And.*, II, Sevilla, pp. 323-328.
- (1987a): “Nuevos datos para el conocimiento de la Granada iberorromana y árabe”, *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 1, Segunda época, Granada, pp. 338 s.
- (1987b): “Excavaciones en la ciudad iberorromana de Granada. campaña de 1987”, *An. Arq. And.*, II, Sevilla, pp. 338-341.
- (1988): *El Albaicín y los orígenes de la ciudad de Granada*, Monográfica Arte y Arqueología, 2, Granada.
- ROCA, M., MORENO, M.^a A., LIZCANO, R., MERIDA, V. y BURGOS, A. (1986): “Excavaciones sistemáticas en la ciudad iberorromana de Granada”, *An. Arq. And.*, II, Sevilla, pp. 367-371.
- RODRIGUEZ, P. PEREGRIN, F. y ANDERICA, J. R. (1983): “Exvotos con relieves de équidos de la Vega granadina”, XVI *C.N.A.*, Zaragoza, pp. 751-768.
- RODRIGUEZ ARIZA, M.^a O. (1985): *Carta arqueológica de la hoja de Padul —1026-II-IV—* Memoria de Licenciatura inédita, Granada.
- ROLDAN, J. M.^a. (1988): “Introducción” a GOMEZ-MORENO, M.: *Monumentos romanos y visigóticos de Granada*, Ed. facsímil de la de 1889, Granada.
- ROOS, A. M.^a. (1983): “Zür frühen grauen Dreshscheibenware auf der Iberischen Halbinsel”, *M.M.*, 24, pp. 153 s.
- RUFETE, P. (1989): “La cerámica con engobe rojo de Tejada”, en FERNANDEZ JURADO, J.: *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*, Huelva Arqueológica, IX, Huelva, pp. 139-150.
- (1989): “La cerámica con barniz rojo de Huelva”, en AUBET, M.^a E. (Ed.): *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Ed. AUSA, Sabadell, pp. 375-394.
- RUIZ, A., MOLINOS, M. y HORNOS, F. (1986): *Arqueología en Jaén. (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*, Diputación Provincial, Jaén.
- SALVATIERRA, V. (1990): *Cien años de arqueología medieval. Perspectivas desde la periferia: Jaén*, Monográfica Arte y Arqueología, 7, Granada.
- SCHUBART, H. y MAASS-LINDEMANN, G. (1984): “Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río Vélez. Excavación de 1971”, *Not. Arq. Hisp.* 18, Madrid, pp. 39-210.
- SCHUBART, H., NIEMEYER, H. G. y PELLICER, M. (1969): *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río de Vélez*. Excavaciones de 1964, Exc. Arq. Esp., 66, Madrid.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, M.F., 3, Berlin.
- SOTOMAYOR, M., SOLA, A. y CHOCLAN, C. (1984): *Los más antiguos vestigios de la Granada iberorromana y árabe*, Ayuntamiento de Granada.
- SUAREZ, A., AGUAYO, P., CARRILERO, M., LOPEZ, J. L. y SAN MARTIN, C. (1989): “Abdera: una colonia fenicia en el sureste de la Península Ibérica”, *M.M.* 30, pp. 127-150.
- TESCHAUER, O. (1990): “Nordabschnitt. Punische Perioden 1 und 2”, en RAKOB, F.: *Karthago, I. Die Deutschen Ausgrabungen in Karthago*, Mainz, pp. 135-189.
- THOUVENOT, R. (1940): *Essai sur la province romaine de la Bétique*, Paris.